

# De la violencia contra la mujer o la destrucción del planeta, el hilo de una nacionalidad

MARTHA CECILIA VELEZ\*

---

“Siendo muy joven, un hombre fuerte y diestro, al que nunca le vió la cara, la había tumbado por sorpresa en las escolleras, la había desnudado a zarpazos, y le había hecho un amor instantáneo y frenético. Tirada sobre las piedras, llena de cortaduras por todo el cuerpo, *ella hubiera querido que ese hombre se quedara allí para siempre, para morir de amor en sus brazos*. No le había visto la cara, no le había oído la voz, pero estaba segura de reconocerlo entre miles por su forma y su medida y su modo de hacer el amor. Desde entonces, a todo el que quiso oírle le decía: “Si alguna vez sabes de un tipo grande y fuerte que violó a una pobre negra de la calle en la Escollera de los Ahogados, un quince de octubre como a las once y media de la noche, dile dónde puede encontrarme”.

(García Márquez. *El Amor en los Tiempos del Cólera*)

A las mujeres nos violan, nos asaltan y nos golpean, nos ultrajan, nos humillan, nos deshumanizan, nos manosean, nos asesinan, nos mutilan, nos prostituyen, nos violentan, nos martirizan; y encima de todo esto, los varones afirman y aseguran en su ciencia, su literatura, en su práctica cotidiana, en sus chistes y en sus relaciones sociales, que todo esto, a las mujeres nos encanta. Más aún, García Márquez postula —poniéndolo en boca de una mujer, cosa que es también violación— que los asaltantes y violadores son los mejores

---

\* Graduada en filosofía y letras, maestra en letras modernas, Universidad de Aix - Provence, Francia, profesora de la Universidad de Antioquia, editora de la revista “Brujas, las mujeres escriben”.

amantes y que las mujeres nos dedicamos el resto de la vida a añorar la violación y a orar para que nuestro agresor regrese, nos ultraje y someta de nuevo, para “morir de amor entre sus brazos”.

Por otro lado, en las aulas de clase —allí precisamente donde debería gestarse el pensamiento creativo y libertario— amparados por un pretendido saber y por el poder que ésto les confiere— los varones afirman que no existen violadores sino mujeres seductoras, lo que será llevado a la práctica de manera atropellante por el médico, el abogado y el psicólogo al entrevistar a una mujer que ha sido violada. Allí, la señalada y perseguida, la culpabilizada y la castigada es la mujer, esa que a pesar del progreso de la ciencia, del desarrollo del pensar y de la cada vez más desenmascarada ideología, sigue siendo considerada “la causante de la perdición”; en tanto que los varones son, supuestamente, “las pobres víctimas de esas mujeres vampirasas y seductoras”.

Cómo puede ser posible que los varones edifiquen su creatividad sobre la opresión de la mujer y hagan de la desigualdad y de la violación a las mujeres —del acto más cobarde que ningún varón pueda cometer— el ejercicio de un acto —según ellos— por ellas deseado?.

Esta es una literatura sexista, machista y destructora, que promueve la violación y la brutalidad, en tanto lo da como un acontecimiento placentero para las mujeres, y a los varones que la ejercen, como los grandes y super-potentes amantes. Voy a ponerle color y clase a esta afirmación, quizás de esa manera, lo que digo sea mejor comprendido, ya que cuando se habla de las mujeres, de nuestra opresión y de nuestra situación, los oídos comienzan a cerrarse y la lógica que funciona para todo lo demás, parece aquí fallida.

Supongamos, lo que no es difícil —una literatura que afirme continuamente que si los negros entran a los bares o a los espacios “de los blancos” es porque les encanta que los golpeen y los humillen y por lo tanto, son felices siendo sometidos y esclavizados. O imaginemos una ciencia o un campo del saber que sostenga que los obreros obtienen mucho placer con el hambre, que añoran y esperan a su explotador con ansia y con deseo y que si quieren estudiar y vivir dignamente, es porque quieren ser patronos.

Ahora imaginémonos toda la ciencia, la religión, la técnica, la ideología, la concepción de la vida durante veinte siglos de historia,

funcionando con esta lógica en todo cuanto respecta a la mujer, y obtendremos la dimensión de su opresión, marginamiento, deshumanización y humillación.

Sí, tengo un profundo coraje. Coraje porque todo cuanto hacemos, la música que escuchamos o bailamos, las disciplinas que estudiamos, las relaciones que entablamos, los chistes que oímos, las suposiciones y previos que fundamentan el pensar y el actuar, se levantan sobre esta lógica; lógica que es odio y opresión, lógica que es destrucción y humillación, lógica que es guerra; lógica cuyo principio y base es este profundo irrespeto y desprecio a la mujer.

Cuál puede ser, me pregunto, el desarrollo de una civilización, donde la violencia, los golpes, las agresiones, la humillación, el pánico, el asedio y la deshumanización de la mujer son el fundamento de las relaciones que originan la vida y mantienen la especie; relaciones en cuyo interior recibe el ser humano los principios de su vida y de su relación con la naturaleza.

Cómo puede haber placer o goce allí donde la mujer es obligada, forzada, atropellada, golpeada? No sólo es ya bastante significativo que la violencia, el desprecio, así como la negativa de la mujer a ser tratada como un objeto y las actitudes en las que ella se afirma libre, como son caminar por las calles en la noche, asistir sola a un bar, o simple y llanamente, moverse sola por este mundo y afirmar su existencia como persona exciten y muevan al varón a la agresión, sino que además de eso, ellos pretendan que nosotras gozamos de su ejercicio de poder y de la violación —esa fundamental y clara expresión de la fragmentación e impotencia del varón—.

Sin embargo me gustaría ver la mueca en sus rostros cuando una hija suya, su esposa, madre o hermana, le hable de su violador en la escollera, a ver si el goce que él supone en ella, es tan real y le parece tan natural.

Allí están los cientos de mujeres violadas, golpeadas, insultadas, esclavizadas, maltratadas, asediadas, sometidas por sus jefes bajo amenaza de expulsión del trabajo, intimidadas por sus profesores de curso en un trueque vergonzoso de notas por sexo; entre la espada del maestro y la pared del padre. Los cientos de mujeres cuyo primer error fue creer en el amor de un varón que luego las amenazó y las golpeó y finalmente las mandó a la calle a venderse a otros varones, cuyo principio de placer radica en lo que este ejercicio de sexualidad tiene de compra-venta y propiedad.

Sí, y allí junto a esa mujer violada, sacrificada a la "divinidad" de los varones, asesinada en nombre de la potencia de su sexo, golpeada para que nunca se le olvide que la superioridad del músculo aún les significa la superioridad de la razón y del ser, y para que no se les olvide sobre todo, quien es el amo; junto a una literatura, ciencia, saber o razonamiento que pretenden hacernos creer que todo ésto no es más que nuestro goce y nuestro deseo, que ellos violan a las mujeres para "darnos gusto" y que ellos nos asaltan y nos golpean porque según ellos, nosotras amamos la humillación, las golpizas y la deshumanización; junto a esa mujer se encuentra también ella, la tierra.

Tierra desierta y desolada, por basuras y desechos cobijada, de fuentes infectas y ríos estériles, de aire envenenado y alimentos contaminados. Tierra-seno intoxicado. Tierra corroída y corrompida, tierra violada y sometida, como una mujer ultrajada, tierra madre prostituída, prematuramente envejecida. Tierra arrasada y devastada, tierra abandonada y olvidada, por cercos dividida. Tierra madre amenazada, tierra despreciada y destruída, tierra violada por plantas nucleares que sólo dejan lugar a los desiertos, la devastación y el polvo, remedo de la aridez interior de quien ha creado la suplantación. Tierra-arrullando la guerra, la desnutrición y la muerte. Tierra despreciada, tierra - mujer invadida, amordazada. Tierra-mujer oprimida.

El varón ha arrancado la energía y la materia a la naturaleza y ha construído un sol de muerte y destrucción; en un sólo siglo ha logrado aislar la única fuente de energía del universo, para transformarla en arma destructora de aquello que la conjugación del agua y del sol necesitara millones de años para lograr gestar: la vida sobre la tierra.

El hilo conductor que va desde la discriminación laboral de las mujeres, la persecución y asesinato de miles de seres humanos en aras de su diferencia ya sea sexual, racial, religiosa o política; las golpizas y violación a las mujeres, las tres mil personas que mueren cada seis horas de hambre, los millones de seres humanos asesinados en las guerras, la humillación cotidiana y la deshumanización de las mujeres consideradas máquinas reproductoras, máquinas de placer y máquinas de cocinar, hasta el envenenamiento de las aguas y de la atmósfera por los afanes del poder y riqueza de unos cuantos, y la implantación de bombas que son hoy la expresión más acabada de la prepotencia y la voluntad de poder de los varones, ejercida



en nombre del Padre, en nombre del Estado, del progreso y del poder, es el mismo hilo conductor cuya lógica es esa racionalidad que ha hecho de la muerte, el odio, la deshumanización y la destrucción, el elemento fundamental de su progreso, de su ciencia, de su razonamiento, de su indagación y de su dominio y poderío.

Desde el cuerpo de la mujer ultrajado, violado y sometido; desde la no participación de la mujer en ninguna de las esferas decisorias del destino de su vida y del destino del planeta, hasta la cultura que ha hecho de la desigualdad algo natural, del sometimiento un supuesto placer y de la no libertad un privilegio, se teje el hilo de la violencia, violencia a la mujer que se firma y pacta sobre su cuerpo para culminar en esta carrera destructiva que sólo logrará detenerse en la meta que es la destrucción de la humanidad toda.

Cuando me detengo a pensar que basta sólo con oprimir un botón para que todo este planeta y quizás gran parte del universo estalle en pedazos, no dejo de preguntarme cómo ha sido posible que los más mínimos y básicos conocimientos, que las más elementales fórmulas físicas, que todos los descubrimientos y todo el pensar occidental, que la ciencia, la vida cotidiana, la lógica y la razón, que las relaciones humanas, eso que llamamos sexualidad y amor, el arte, etc., hayan podido culminar en la creación de un arma que será, y que en gran medida ya lo es, la destrucción del ser humano mismo. Cómo puede ser posible que el perfeccionamiento, el progreso, la civilización, etc., tengan su cúlmen, meta o fin en su propia destrucción. Qué tipo de lógica o razón es aquella cuyo desarrollo no es más que su exterminio, que su progreso no es más que su destrucción y que su triunfo no es más que su muerte?.

Por qué tanto odio a la vida expresado en un llamado progreso que sólo se construye a sus expensas, en aras de un bienestar que destruye cuanto se encuentra a su paso. Cuál es el motivo, me pregunto, para que la razón, la ciencia, la técnica y la concepción misma de la vida, hayan marchado contra la vida misma, hacia su total acabamiento. Qué acontece al varón que su inteligencia, su creatividad y sensibilidad sólo le hayan servido para la destrucción y el exterminio.

La relación del varón con la naturaleza, asimilada siempre a la madre, está escrita sobre la vida y el cuerpo de la mujer y sobre la superficie de este planeta; mujer violada, sometida y despreciada. Tierra-madre saqueada, amenazada y puesta sobre la cuerda

floja de un armamentismo que busca el reconocimiento de un poder que será el final de esta civilización.

De la misma manera, bajo el mismo principio, un varón que asalta a una mujer, la golpea y la vicia, persigue, humilla y somete al negro, explota al obrero, asesina, envilece y degrada al homosexual, va a la guerra a destruir a sus semejantes y saquea la tierra que le da el sustento, la somete y la destruye, saliendo luego a la conquista de nuevos mundos, tierras vírgenes en las cuales imprime sus huellas de odio, muerte y desolación.

Nosotras las mujeres no haremos ninguna concesión a la racionalidad que pretende romper el hilo conductor entre lo que pasa en nuestras vidas, en nuestros hogares, en las calles, en el trabajo, en nuestro cuerpo y cotidianidad, y aquello que se le asigna a las potencias, a los Estados, a los gobiernos, esos entes abstractos, gobernados y dirigidos sin embargo por aquellos que nos golpean y violan y se atreven a afirmar que las mujeres estamos en este mundo para ser maltratadas y para reproducir y reponer las vidas que ellos destruyen en su fascinación frente a la muerte y al sometimiento.

Yo me pregunto si los varones de esta cultura tendrían tanta razón para sentirse orgullosos de su nivel de crecimiento y desarrollo, de cultura y conocimiento alcanzados en este planeta, sin la explotación gratuita de todas las mujeres del mundo, dedicadas a mantenerles todo cuanto ellos requieren para la destrucción que llaman transformación, como alimentarlos, cuidar de los hijos, mantenerles el hogar e incluso esperarlos en la noche para hacerles el servicio sexual. Que harían todos esos hombres libres, sin la explotación y opresión de las mujeres, que durante todo este siglo, nos han mentido con su idea de libertad.

¿Qué hubieran hecho nuestros varones sin esas mujeres confinadas en su hogar, mientras ellos daban rienda suelta al odio, asesinando hermanos, sembrando el horror en los niños, violando a las mujeres, en esa terrible historia que ha sido nuestra historia, y cuyo nombre, "la violencia", pretende hacernos creer ahora que sólo fue un puñado de años? ¿Qué harían todos esos varones libres que empeñando nuestro país —y un país es una identidad, unas costumbres, una cultura, unas formas de relacionarnos y de amar—. Un país es un conjunto de sones que hacen vibrar nuestro cuerpo—tuvieron que enfrentar la mano negra del endeudamiento externo,

con el encierro en sus hogares, el desempleo, las ollas vacías y las barrigas infladas de sus hijos, barrigas amenazadas por los gritos desesperados del hambre y la desnutrición?

¿Qué harían me pregunto de nuevo, sin esas mujeres que a pesar de todo ésto continuamos creyendo en la vida y conservando una esperanza que sólo será realidad poniendo el mundo en otras manos, creando y manteniendo la vida —y una vida ya no es esa vieja consigna colegial del nacer, crecer y reproducirnos— allí donde la vida, su calidad y su creatividad, su alegría y su risa, son el proyecto de la mitad del cielo?

¿Qué harían todos esos varones libres, si su libertad fuera real y en consecuencia, su respeto por la vida y por la calidad de ésta, frente a los desaparecidos?

¿Dónde están los padres de mayo?

¿Qué esperar entonces de los varones cuyo comportamiento no sólo científico, sino filosófico, social y sexual, manifiesta el más profundo odio hacia la mujer de quien hasta ahora, irremediablemente, es hijo? Pienso que los varones han odiado tanto su origen, han asediado, sometido y violentado tanto a la mujer, que este odio se ha expandido a todo cuanto hacen, piensan y proyectan, de manera que la destrucción que hoy nos amenaza es la característica y el sello de ese odio que el varón siente por la mujer y por la vida que ella representa en tanto dadora de vida. El odio del varón hacia la mujer, el desprecio que siente por ella manifestado en la opresión, en la constante amenaza de violación y violencia, en el encierro y marginación de la cultura y de la ética que inspira a esta civilización, señala el camino de la destrucción hacia la cual apunta y en cuya meta, digámoslo de una vez, ya nos encontramos: La destrucción total de la vida.

La crisis de esta civilización, de la Tierra; la soledad del ser humano, la cada vez mayor frecuencia de guerras, los constantes “accidentes” nucleares que cobran cada día más víctimas, el hambre y la muerte de millones de seres humanos, el creciente empobrecimiento de los pobres cuyo fenómeno más visible es la desorbitante e inimaginable deuda externa de nuestros países del tercer mundo, el analfabetismo no derrotado a pesar de la agonía del siglo, la alarmante situación de desnutrición infantil, el inquietante índice de mujeres violadas y golpeadas, el cada vez más difícil entendi-

miento entre los seres humanos y entre los pueblos, no son más que la crisis del varón, de su sociedad, de su odio a la vida y a la mujer. Crisis de su profunda patología con relación a cuanto lo rodea que se expresa en su relación hacia lo femenino. Y digo lo femenino y no solamente a las mujeres, porque el varón ha atacado y destruído lo femenino en todas partes, incluso en él mismo.

Locura de disociación, donde queriendo destruir lo otro, la diferencia, la vida, se ha disociado de su origen y ha gestado una razón asesina. Una razón que desde el origen comenzó a utilizar la naturaleza, a transformarla, a desarrollar los grandes sistemas lógicos, los diferentes campos del pensar, del experimentar, a generar una técnica y producir un saber, a luchar por cambios en nombre de ideales que se han constituido hoy en máscaras de las verdaderas liberaciones, para llegar a todo el cuerpo lógico, teórico-filosófico y vivencial de la bomba nuclear. Veinte siglos de razón que han culminado en la construcción de aquello que será el fin de la razón misma.

Qué más puede producir una civilización y una razón, cuyo producto ha sido su propia destrucción? Ocurra o no ocurra la detonación de la bomba nuclear, una cosa de todas maneras es cierta: la razón occidental, la cultura masculina, la cultura del odio, y desprecio por la vida, la cultura que ha hecho de la violación, el maltrato y la deshumanización de un sexo por el otro, el principio de su concepción de vida, de su desarrollo y de su fundamento, está acabada. No hay mayor fin que haber concebido el fin mismo.

La figura del macho marcha en el ocaso que se levanta hoy en esas zonas devastadas del planeta, que demorarán millones y millones de años para que alguna forma de vida pueda surgir allí de nuevo. Esas zonas "tomadas", zonas perdidas para lo humano y para la vida, son la expresión de un fin, del fin de esta civilización machista y patriarcal. Para dónde más va a moverse?. ¿Qué más va a producir esa razón si ya construyó y concibió el arma que será su propia destrucción?.

Lo nuclear es el comienzo de un fin. Puede ser la peste que carcoma el planeta tierra y todo cuanto hay aquí de vida, o puede que sea el comienzo del fin del macho, de su sociedad de segregaciones, persecuciones y muerte y de su razón guerrera.



Los principios que dieron origen a toda esa destrucción deben ser ellos cambiados, debemos cambiar la lógica belicista por una lógica de la vida, debemos transformar la razón cuyo principio fundamental es la aniquilación, por una razón que soporte la diferencia, y debemos acabar con el pensamiento hegemónico para que podamos pensar la multiplicidad.

Las mujeres vamos a introducir la diferencia y la multiplicidad en este planeta. Vamos a socabar una razón que se ha querido hegemónica, una razón que en nombre del horror a la vida y a la diferencia ha vejado y oprimido a las mujeres, a los negros y amarillos, a los indígenas, a los homosexuales y a las lesbianas; ha marginado a los limitados físicos, excluído a los retrasados mentales, confinado a los locos, amordazado a los niños y ha sembrado este planeta de fronteras de hambre y opulencia, escasez y derroche, de saber y analfabetismo.

Vamos a introducir la multiplicidad y la diferencia en este devastado reino del patriarca, que habiendo sometido y destruído cuanto ha encontrado a su paso, sobre todo aquello que lo confrontaba, se ha quedado sólo, se ha quedado extasiado frente a su dominio, en una ensoñación y delirio tan demenciales, que el último ejercicio de su poder será destruirse a sí mismo y destruir la vida para demostrar su dominio sobre esta cadena hace siglos comenzada.

Este mundo ha sido la obra de una especie que se ha dado el nombre de "homo sapiens". Yo no soy una "mujer sapiens", yo sólo sé de la herencia de horror a la violencia, de la pertenencia a un país que me ha regalado la desesperanza y el miedo a expresar las opiniones y los deseos. Sólo se del vacío de formación política, porque aunque hago parte de las generaciones del sufragio, mi voz como la de casi todas, ha contado bastante poco, quizás porque en este país, las mujeres siempre hemos hecho filas junto a los parias y los excluídos. Yo sólo sé de la lógica en la que las mujeres callábamos y paríamos, o —fenómeno reciente— caminamos por las calles portando fotos y pancartas o haciendo sonar las ollas vacías. Yo hago parte de una especie en peligro de extinción por el desprecio del varón, por sus continuas golpizas, violaciones, exclusiones y amordazamientos. Por los alarmantes abortos de embriones femeninos en China e India, por la enorme desigualdad con la que participo en el mundo e intento desarrollar la vida, por las reducidas oportunidades de realización y por el espacio cada vez más invadido, cercado y asediado en el que me muevo.

Yo no soy una mujer “sapiens”, —yo no se más que la pérdida absurda y atroz de la vida en esta planeta. No conozco más que la devastación y la opresión o el temor ya inconsciente, semejante a una orden genética, a salir a la calle en las noches, o a intentar la aventura de la vida sin un dueño que me proteja de los demás amos y señores.

Sin embargo, mientras de las mujeres aún dependa la vida, mientras de nuestros vientres aún nazcan seres y no seamos totalmente aniquiladas, las mujeres continuaremos con esta gran revolución que hemos comenzado, la revolución más maravillosa de todas: el cambio de civilización, el cambio de razón, el cambio de lógica y de pensar. Porque si este mundo no cambia reventaremos todas. . . y todos. Lo siento.

Este es un manifiesto, el manifiesto del fin de la civilización patriarcal y de su lógica guerrera y belicista, pero es también el postulado de un cambio en el que estamos comprometidas las mujeres. Porque, como lo dijera Virginia Wolff: “Cómo puede seguir un día más esta absurda ficción masculina?”